

LIBERTAD COMO NEGOCIO

L (A Jesús Cacho) as libertades sólo pueden ser un negocio lucrativo cuando son apariencias de libertad. Las libertades de la democracia miden su rentabilidad en grados de potencia de



la nobleza de alma. La Constitución conserva, más que constituye, un poder oligárquico que usa las libertades como mercancía de los negocios de Estado. A los que sólo pueden acceder los chulos de los gobiernos y de los partidos estatales. Todo conocedor de la relación histórica entre la oligarquía en las instituciones y la corrupción en las costumbres, podía haber escrito «El Negocio de la Libertad» antes de que empezara el proceso narrado en esta primera Historia Real de la Transición. Pues, al decir de Homero, sólo los tontos se instruyen con el acontecimiento. Pese a la diversidad de asuntos tratados, Jesús Cacho desarrolla, como en la tragedia griega, el destino inexorable de un Rey: la fatalidad de que (sin un proceso constituyente de la democracia y con la codicia y la ambición de poder desatadas) confluyeran en la vida emocional de un Monarca las figuras que más se destacaran en la pasión de corromperse que se despertó a la muerte del Dictador.

No era fácil reducir a basura, en tan poco tiempo, las ideas y los comportamientos tradicionales de la izquierda, la banca, la prensa, la magistratura y la alta cultura. Tal empeño requería la concurrencia de audaces líderes de la degeneración en cada una de las manifestaciones del civismo y la educación. La transición a la «postmodernidad» los produjo en todos los sectores sociales. Y un mismo imán los atrajo al centro de poder fáctico donde se desahogan las pasiones de la frivolidad al calor de la segura irresponsabilidad. Allí los ha sorprendido Jesús Cacho, llegando desde distintos sitios de mérito al lugar de la catástrofe común. Pero hace 22 años, «El Negocio de la Libertad» no podía incluir, como ha hecho ahora, el índice de nombres de la Acomodación a la Monarquía financiera. Salvo el Rey, Adolfo y Felipe, que eran invariantes en la quiniela de 1978, los demás partidarios de la desventura nacional, del crimen de Estado, del negocio de la libertad y del pensamiento rasante, han tenido que ganarse, con las deslealtades y desmanes que aconseja siempre la impunidad, los célebres nombres propios que jalonan, junto a los Magistrados del Príncipe, el sórdido sendero de las repentinas fortunas y delitos políticos de la transición monárquica.

Cacho ridiculiza a los oficinistas de la Santa Transición. Sobre todo a sus intelectuales. Contra lo que pueda parecer, la acción dramática principal no es la de Jesús Polanco, sino la del propio Rey Juan Carlos. A partir de la irrefutable investigación del honesto periodista (en la parte vivida por mí su veracidad es absoluta), se seguirán diciendo las mismas

bobadas sobre el papel del Rey en el 23F, pero a sabiendas de que son exactamente contrarias a la terrible verdad. Lo cual no debe ser motivo de satisfacción para nadie. Un moderno republicano no de-

be rechazar el régimen monárquico por sus vicios o escándalos (la publicación del «Negocio de la Libertad» provocaría la caída del Régimen en cualquier otro país europeo), sino por la única razón de que sus reglas de juego no son democráticas. Los negociantes de la libertad sitúan los signos del progreso en el enriquecimiento del monopolio de su «pirámide del miedo». No les basta con tener un Rey impuesto por el Dictador. Tienen que hacerlo además, en tanto que árbitro entre ricos oligarcas, riquísimo. Me admira mucho el sentido de la realidad con el que el autor ha podido llegar, a partir de unos indicios equívocos, al desvelamiento de la verdad. No menor debe ser nuestra gratitud hacia Ramón AKAL. Quien, como hábil ariete de la libertad de expresión, ha metido una goleada de escándalo al tricéfalo cancerbero del infernal negocio de la libertad del poder.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

CONTAMINACIÓN Y GASTO

La ecología ha irrumpido en nuestra cultura. Y lo ha hecho para bien, aunque a veces crea nuevos problemas. Lo que hace sólo pocos años era algo normal, adecuado e incluso digno de elogio, hoy, a la luz de la ecología, se convierte en algo reprochable.

Recuerda todavía Juan Bravo cuando una gran ciudad como Madrid se envanecía por ser una de las mejor iluminadas del mundo. Bueno, pues ahora eso es un pecado porque una cuarta parte de sus más de 200.000 farolas proyectan la luz hacia el cielo y crean contaminación lumínica, que es lo mismo que decir que el brillo de la ciudad impide

ver el cielo y, mucho menos, contemplar estrellas o cometas. Por eso dicen que hay que cambiarlas, algo en lo que está de acuerdo el Ayuntamiento.

Nada que objetar a tan buenas intenciones. Pero merece la pena señalar que cambiar el mobiliario urbano es caro. Cuesta mucho dinero y habrá que mirar quién se lleva el contrato y cómo se adjudica. El espía, que sabe de esto, aconseja al Consistorio que tenga mucho cuidado; en la compra de farolas, además de mucha luz y transparencia, no deben faltar taquígrafos.

Juan BRAVO

¿UNIDAD DE LA IZQUIERDA?

A penas se ha dibujado en el horizonte la posibilidad de una unión electoral de la izquierda, el susto ha sido mayúsculo. «Sal-dremos de la zona del euro», clama Aznar. Un euro que, por cierto, descendiendo vertigi-



nosamente como un campeón de esquí por la nevada ladera, aunque a esto último no se refiere Aznar. Piqué tras recomendar a las juventudes del PP que no se hagan comunistas -pues, por lo visto ello les tienta mucho- describe todo un panorama de miseria, si la izquierda llega al poder. Sólo falta que anuncien la quema de conventos. También la alarma se ha extendido por los territorios de CiU. ¿Cómo es posible que alguien repita todavía el mandado tóxico de que la división entre izquierdas y derechas ha sido superada!

Naturalmente para defender esta tesis, con la cual inhábilmente los conservadores pretenden disfrazar un derechismo, del cual al parecer se avergüenzan, alegarán que lo que provoca la crispación de los actuales gobernantes no es sino la amenaza de perder el poder, cosa muy posible si los votos de PSOE e IU se unen. Semejante alegato no solamente deja mal a dichos gobernantes sino que es inexacto; los gobernantes del PP no se reducen a defender sus privilegios particulares, sino todo el entramado de intereses que representan. Son

naturalmente los intereses de las clases más poderosas, aunque sus delegados se disfrazen de «populares» y traten de engañar a la opinión pública presentando la mera renovación de contratos de trabajo precario como creación de puestos de trabajo, en delirantes cifras. Y para tales clases la privatización de la sanidad, la educación, la venta de las empresas estatales, el sistemático desmontaje del Estado de Bienestar y con ello la agudización de las diferencias sociales significa el «orden natural».

Frente a semejantes intereses se encuentra situada la izquierda. Pero mientras la defensa del orden establecido conduce a una fácil unidad, su sustitución por otro superador ofrece múltiples perspectivas y caminos. Y aquí se revela la gloria y la tragedia de la izquierda; su tendencia a la fragmentación, que no únicamente se produce entre socialistas, comunistas, anarquistas, sino que aún dentro de estas mismas formaciones y su concepción del proceso emancipador lleva al surgimiento de ramificaciones hostiles entre sí. Más aún cuando con desmesurada fe en el pensamiento se consagra una de las vías como la única posible, repudiando como extraviados, todas las demás. Y, así, brota la desesperación de quien pretende la unidad de acción. Algo que ha descrito muy lúcida y dramáticamente Lidia Falcón en sus recientes Memorias Políticas.

Volviendo a nuestra actual coyuntura, no me voy a referir a la negociación que están debatiendo las cúpulas de ambas formaciones y cuyo resultado final desconozco en el momento de escribir este artículo, sino al problema de fondo. A la posible unidad de acción. Es evidente que entre el PSOE e Izquierda Unida hay profundas, radicales diferencias. Una de ellas concierne al orden internacional, desde el momento en que el PSOE se lanzó a defender a la OTAN e integrarse en el sistema de dominación imperialista mundial. Otras, más históricas, a la visión de la economía y la sociedad. Mientras los socialistas se limitan a defender el Estado del Bienestar, dentro del capitalismo, el PCE, el Partido más numeroso, aunque no único, dentro de IU, si conserva su sentido y raíces aspira a sustituir el modo de producción capitalista por una, mucho más democrática y justa, colectivización de los medios de producción, no necesariamente estatal. Pero tal objetivo en las actuales condiciones de «globalización», resulta sólo pensable a largo plazo, cuando se levante un frente internacional de oposición al actual sistema de dominación. Entonces la estrategia inmediata ha de centrarse en la misma de los socialistas: la promoción de un Estado redistribuidor de la riqueza y los servicios, favoreciendo a los más necesitados. No es que la política seguida por el PSOE en sus años de gobierno, desgraciadamente, se pueda calificar de socialdemócrata. La verdad es que la desastrosa gestión del PSOE en tantos aspectos ha estado a punto de hundir a la izquierda. Pero cabalmente la unidad con IU puede devolver al socialismo español su perdido carácter de izquierda. Reforzado por la autocrítica y el abandono de su anterior prepotencia que son de esperar tras su desplazamiento del poder. Y entonces se podría evitar el desmantelamiento de nuestro Estado que el PP ha puesto en marcha

Carlos PARÍS

